



ASTILLOS DE MADRID

su propia y viejísima existencia. Ni siquiera puede ésta unirse a la de un pueblo, para fusionar ambas vidas en un mismo relato de semblanzas y fortunas. Se levanta sobre el terreno de una finca particular, que lo aprovecha para gigantesco redil de ganado, situación patrimonial, ya que no destino, similar a la que tenía en tiempos de la Majestad de Felipe II, cuando el lugar de Villafranca era una dehesa de don Luis de Toledo.

La fuerte aunque tosca fábrica, los dos recintos guarnecidos de cubos, la recia torre del homenaje, ausencia de adornos estéticos y superfluos, escasez de vanos, emplazamiento sobre la eminencia de terreno que da vista a la

Villafranca o el Castillo desconocido de la provincia

EN el ángulo que forman las carreteras que de Madrid conducen a Villanueva del Pardillo y Brunte, y al borde del camino particular que corre paralelo al río Guadarrama, álzase una pintoresca, ruïnosa y solitaria fortaleza, de fisonomía moruna, que toma o da su nombre abstracto al lugar circundante: Villafranca del Castillo o Castillo de Villafranca.

A vuelo de pájaro dista apenas 25 kilómetros de la Puerta del Sol, y, sin embargo, su apartada situación de las vías públicas hace sean muy contadas las personas que se dignen llegar a él, ignorándole hasta el «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», tradicional fuente de información para los ansiosos de curiosidades. El silencio de papeles y crónicas ha envuelto, además, al castillo en una niebla que impide conocer su origen y posterior vida histórica.

El desconocimiento data de muchos siglos, tantos como

desembocadura del Aulencia en el Guadarrama y el ser buen punto avanzado de Villanueva de la Cañada y Brunete, demuestran que su desconocido constructor y habitantes no buscaban para el castillo tan pacíficos fines como los que cumpliría en tiempos de don Luis de Toledo, ni mucho menos tan serviles cual los que hoy le ha deparado la suerte. Su misión era defender aquellos pueblos de posibles ataques enemigos a través del castizo río serrano. Así lo demostrara en la última guerra, cuando en el fragor de la batalla de Brunete aún sirvió de posición a una brigada internacional, hasta que los cañones acabaron con ella y dejaron herido de muerte el edificio.

Pero todo castillo —máxime en la época de nacimiento del de Villafranca— tiene una tan peculiar razón de ser castrense, que la anterior deducción de estrategia, por ser tan lógica y natural, carece de interés investigador y más aún biográfico. No nos revela nada del cuándo y cómo se

desenvolvió la vida del castillo, quiénes fueron su constructor, personaje más o menos heroico o ilustre que lo habitó, señores, que lo disfrutaron o prisioneros que lo sufrieron. Como la mujer honrada, carece de historia, bien que, en este caso, también de tranquila felicidad, a juzgar por lo triste y ruinoso de su aspecto. Parece un remoto monumento al «héroe desconocido».

Cabe echar mano de la fábula, eterna sustituta de la Historia, pero también falla aquí este recurso, por lo inverosímil y desprender un olor que tiene más de guiso foliculario que de bella confección tradicional. El doctor Cantó, al recoger el dato de que Brunete «en la época árabe era feudatario de un moro llamado «el Morillo», que residía en el castillo de Villafranca», no puede ignorar la endeble base de tal aserto. Las «relaciones» filipenses, al hacer la de Villanueva de la Cañada, exponen la pueril declaración de unos vecinos que afirman haber nacido en «La Despernada» (nombre antiguo del poblado) el célebre corsario Barbarroja. La Despernada, idolillo mutilado de piernas, ha desaparecido junto con el castillo o palacio que, cercano a Villanueva, poseían los monarcas, y cuya entrada adornaba tan curiosa escultura; en cuanto a la noticia sobre Barbarroja, como dijimos en otro lugar (1), «no despierta, por absurda, el imprescindible calor poético de leyenda». Lo único real son las ruinas misteriosas y anónimas del cercano castillo de Villafranca, que pasamos seguidamente a describir.

* * *

Dominando el suave altozano, al Oeste del camino, aún se elevan sobre el terreno suficientes cuerpos de edificio para satisfacer al visitante y tranquilizarle de que su viaje no ha sido hecho en vano.

Del primer recinto, apenas si quedan unos restos por su lado Norte, en lo que fué foso primitivo, pero el segundo aparece todavía fuerte, aunque desmochado, con sus ocho cubos en las respectivas fachadas y esquinas, alguno de ellos exhibiendo la oquedad del pétreo vientre. La entrada por el Sudeste, entre dos cubos, muestra restos del maticán. Franqueada, se nos ofrece el mezuquino patio de armas, de suelo desigual de tierra, sembrado de pedruscos, matas, ruinas y escombros. A la derecha, casi rozando los muros del ángulo Nordeste del recinto, se alza el grande y único torreón, plagado de heridas, agujeros, desmochaduras y algunas disformes ventanas que nos miran desde lo alto con sus vacíos ojos.

Sendas entradas —más bien boquetes abiertos más tarde— a cada lado Sur y Oeste del torreón, invitan a franquearlas. Da miedo penetrar en el interior, oscuro y casi hueco, donde cuelgan ennegrecidos brazos de vigas y cascotes de lo que fueron arranques de pisos. La entrada original estaba muy elevada del suelo; hoy se la confundiría con un hueco más, si no la delataran tres consolas de buharda.

El remate de la torre está totalmente desmochado y al aire. Se sostienen en pie una veleta de hierro, que no gira ni al viento más fuerte; una cruz sobre mojon, cuatro palitroques empotrados en el muro, y restos del parapeto que debía constituir la plataforma del piso alto, de indudable construcción más moderna que el resto de la torre, aunque se empleara en él igual material de ladrillo y tosca mam-

postería que en el resto de la fábrica. Tal material, estructura y detalles de defensa denotan, como en Buitrago, la paternidad mora o mudéjar del castillo de Villafranca.

«Aunque el castillo presenta bastante homogeneidad en minado, descrito con minuciosidad de perito militar, y hasta medido y dibujado la fortaleza. De él nos apropiamos las siguientes líneas (2):

«Aunque el castillo presente bastante homogeneidad en su construcción, pudiera creerse que el núcleo principal fué la torre del homenaje, cuyas dimensiones parecen desproporcionadas con las del reducido recinto. La extraña colocación de este recinto, ceñido a la torre por dos de sus costados, con muros que, aunque aparentemente unidos, son independientes, contribuye también a esa impresión, contra la cual se elevan su unidad constructiva y algunos otros detalles.

La obra de su fábrica es sumamente arcaica, compuesta de fajas de tosco y grosero mampuesto, a cara vista, alternadas con cintas de ladrillo, que forman también las esquinas o aristas de la torre, quedando completamente visibles las líneas de mechinales que sirvieron para el sucesivo levantamiento de las tapias. En las partes bajas, el mampuesto es mucho más grueso, no pudiendo saber cómo eran los adarves, por estar todo el castillo completamente desmochado.

El castillo se componía de dos recintos que rodeaban a la torre. De ellos, la barrera exterior ha desaparecido por tres lados, a causa de la descarnada erosión del terreno, que ha barrido los muros situados sobre las laderas de la eminencia en que se emplaza.

La torre del homenaje, desproporcionada, cual decimos, con las dimensiones del resto, es una recia, aunque tosca, construcción de cuatro plantas, hoy inaccesibles, tanto por su estado de ruina como por estar dedicada al refugio del ganado vacuno allí albergado, para cuyo servicio fueron abiertas dos entradas, de las cuales, una se coloca bajo la puerta original, situada, como de costumbre, en la segunda planta. En tiempos seguramente antiguos, la torre fué aumentada con un piso de la misma clase de obra, aunque el añadido se advierte por la pátina o color de los muros y porque sus esquinas forman un pequeño chaflán que desde allí asciende en toda su elevación hasta la plataforma. En ésta existía un parapeto o pretil de ladrillo, en sustitución de las desaparecidas almenas, con una cruz y veleta de hierro que todavía ha quedado.

Una de las singularidades de esta torre, y en general del castillo, es la de no poseer ningún motivo ornamental ni piedras labradas, salvo una base de maticán, formada por tres piezas, extrañamente colocadas en la esquina y a la altura del cubo central contiguo, cuyo destino sólo puede atribuirse a soportar, con otras ya no existentes, un paso de la torre a los adarves del recinto, de modo algo aproximado al que se ve en Peñafiel. Sobre el lado oriental, que mira al exterior, hay como unas pequeñas troneiras muy juntas, hechas de ladrillos, sobre las que se aperciben las líneas de un gran ventanal o puerta ojival, rehundida en el muro y tapiada también con ladrillo. Este vano —puerta o ventana— se abre en la cuarta planta y no puede explicarse. Por lo demás, la torre cuenta en sus caras con varias otras aberturas sin arte, escalonadas por sus plantas, que son obras modernas sin relación con la original.

(1) «Castillos de la provincia de Madrid», por Ourvantroff, explicación literaria de Alfonso Quintano.

(2) Federico Bordejé: «Castillos del Oeste de la provincia de Madrid» (*Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, año III, núm. 10).



El recinto está aún casi intacto en sus muros y es la parte más sorprendente de toda la edificación. Forma un cuadrado perfecto, de unos 25 metros de lado. En sus ángulos lleva unos torreones circulares y macizos, alternados con otros cuatro, levantados en la mitad de cada lienzo. De éstos, solamente dos están vacíos y poseen dos plantas, cubiertas por bóvedas semiesféricas de ladrillo, al modo mudéjar. Estos dos torreones centrales, con el del costado oriental, también macizo, se destacan y sobresalen sobre los cubos angulares, a los que cubren y flanquean por ambos lados. Disposición verdaderamente extraña en estas alturas, que admira y sorprende como tantas otras manifestaciones de este castillo.

La puerta principal se abre al amparo de la torre y, aunque desfigurada, puede apreciarse su forma, coronada en las alturas por tres consolas de un matacán o buharda. Pero en el frente opuesto, y a uno de los lados del torreón central, existe una pequeña poterna que da paso a una cámara abovedada y se revuelve para penetrar al interior. La situación de ambos accesos, ahora al descubier- to, enseña la necesidad de estar protegidos por otro recinto exterior, que era la barrera, hoy comida en esos lados por la erosión, allí bien manifestada.

Si todas las obras medievales presentan enigmas y problemas de dudosa interpretación, Villafranca los ofrece en cantidad, sin que sea nada fácil resolver las influencias que pesaron sobre algunos de sus elementos, que tienen mucho de singular. Se trata, desde luego, de una obra perfectamente mudéjar. Pero en su trazado debieron intervenir varios pensamientos que, en conjunto, produjeron, pese a la pequeñez del castillo, un monumento, esencial y hasta exclusivamente militar, del mayor interés.

Arqueológicamente considerado, el castillo o, por lo me-

nos, la torre de Villafranca sigue a Buitrago en importancia y probablemente en edad entre los restantes conservados aún en la provincia. Su unidad constructiva, su perfecta regularidad, el juego de las plantas de sus alternados torreones con el macizado de la mayor parte de ellos y la junción de la torre y del recinto con muros independientes, aunque invisibles, son detalles muy poco frecuentes, sobre todo en la tierra en que se asienta.»

* * *

Si quisiéramos hacer un resumen biográfico de lo escrito, diríamos que del castillo de Villafranca sólo sabemos que nació por una razón guerrera, y que también fue castrense la última y única noticia que nos llegara de su existencia, cuando uno de tantos partes militares diera cuenta, un día de 1937, de haber sido conquistado a las fuerzas que lo ocupaban.

Hoy sus asiduos visitantes son el ganado, las aves más o menos rapaces que revolotean sobre la mole de mampostería y ladrillo del torreón, y los conejos escapados del vecino coto, que corren a esconderse entre las innúmeras madrigueras, al oír insólitos pasos humanos.

Cuando el coche, que nos ha conducido hasta el pie del castillo, sale del camino particular y desemboca en la carretera, deja tras de sí un tocoso letrero en el que se lee: «Prohibido el paso». Todo parece estar previsto para que el de Villafranca continúe siendo el castillo «desconocido» de la provincia de Madrid.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES



DON Ramón Mesonero Romanos, ese ilustre escritor que vió sin telarañas en los ojos a nuestro Madrid, que se podía pensar con justicia amorosa «que de Madrid al cielo» y gritar con orgullo: «¡viva Madrid, que es mi pueblo!», es este señor, ya maduro, de faz simpática y sonriente que nos presenta el grabado que reproducimos, y cuya vida va desde 1803 a 1882, vida dilatada y generosamente entregada al servicio de la capital de España.

Mesonero Romanos, en el Consejo madrileño. «Fígaro», Bretón de los Herreros y el Hospicio de Madrid

Si la fotografía es la fiel reproducción de la persona tratada, examinando las que conocemos del gran escritor costumbrista y apasionado madrileño don Ramón Mesonero Romanos, podemos aventurar la hipótesis de que nos hallamos ante un hombre todo bondad y todo corazón. Yo admiro en él la sencillez e ingenuidad de su prosa y el agradable candor de sus observaciones. Todos sus artículos suelen dejar un excelente sabor de boca, la sensación que nos produce una acuarela primorosamente dibujada. Don Ramón no se enfada por nada y describe las cosas a través de su nítido temperamento. Al tocar el tema del romanticismo lo hace sin pasión y sosegadamente, porque él, desde su torre de marfil, no ha sabido contagiarse de los arrebatos y defectos de tan discutida etapa literaria.

Y esta bondad de espíritu corre parejas con su entrañable amor a Madrid. Cuando por sus muchos merecimientos forma parte del Consejo madrileño, su desvelo por la Corte de las Españas le lleva a proponer a aquél cuantas medidas beneficiosas puedan redundar en su esplendor. Madrid, que empieza a crecer paulatinamente a la sombra de su antigua leyenda, está necesitado de aceras para el tránsito de peatones, pues las que tiene se encuentran en lamentable estado; el piso de las calzadas es de duros guijarros de pedernal, formando arroyo en el centro de la calle a la manera de algunos pueblos de Extremadura; también propone la disminución de los días festivos, que, por lo visto, abundaban más que ahora; pide, asimismo, la supresión de las corridas de toros, anticipándose a la tan discutida ley del descanso dominical, pues dichos festejos solían celebrarse los lunes, porque dice «que para asistir a ellas se despueblan los talleres y las oficinas», y sugiere,

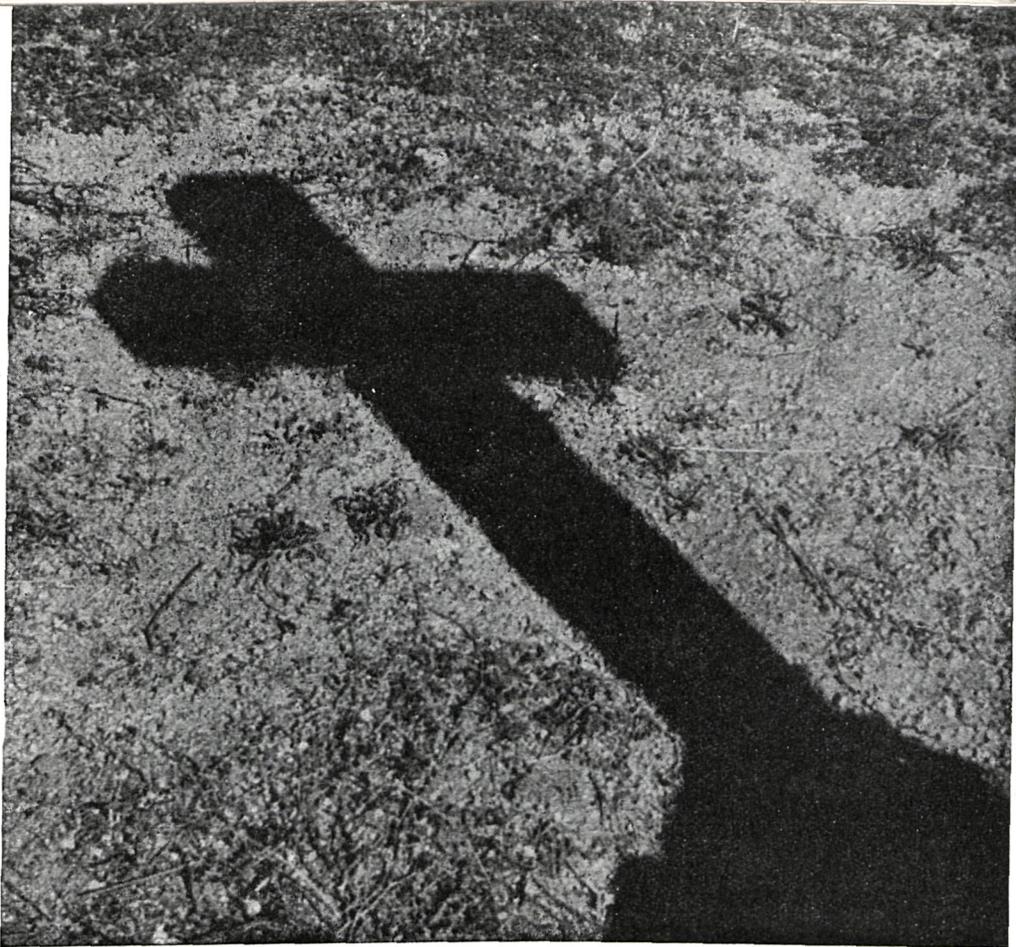
por último, la idea de aumentar las horas de trabajo, que se daba por terminado a las dos de la tarde, y que se señalen para las comidas horas más adecuadas. Y es que don Ramón se ha dado una vueltecita por el Extranjero —acaba de regresar de París y Londres— y trae en los cristales de sus antiparras la visión de esas ciudades cosmopolitas y el deseo, la ilusión, mejor dicho, de que algún día su Madrid pueda competir con ellas.

Con motivo de otro viaje, efectuado en 1833, se ve en la precisión de abandonar por cierto tiempo su colaboración en *La Revista* (sucesora de *Cartas Españolas*), y para sustituirle propone al director de la misma el nombramiento de Mariano José de Larra para ocupar su vacante. Aceptada por aquél la designación y como quiera que en aquella época era costumbre que los artículos humorísticos y satíricos se firmaran con un seudónimo, y los que antes había usado Larra no se juzgaron aceptables, se reunió la redacción en pleno en el entonces famoso café del Príncipe y, después de muy animadas deliberaciones, el inquieto Grimaldi propuso el de «Fígaro», que Larra aceptó entusiasmado, aunque Mesonero Romanos lo juzgó de sabor extranjero. «Es como si un periodista francés se firmara Sancho Panza», dijo «El Curioso Parlante».

Don Ramón ríe de muy buena gana cuando alguien deleita sus oídos con alguna sabrosa anécdota. Y ésta que hoy le relata un fiel y buen amigo le hace reír con gran algazara. El sucedido, tal como ha llegado hasta nosotros, es el siguiente:

Don Manuel Bretón de los Herreros, el famoso come-

(Pasa a la pág. 80.)



AQUEL NOVIEMBRE de hace veinte años

Reproducimos del periódico ARRIBA el siguiente artículo

AL mes de noviembre le corresponde, en el calendario emocional de la Falange, una acepción de singular dramatismo. El viejo prestigio funeral de noviembre se recarga en la historia patética de la Falange con una significación de hondura trágica, en una de cuyas vertientes campean los atributos del más difícil heroísmo, ese que desemboca en la muerte con un gesto silencioso y recoleto.

Es curioso que, en aquel noviembre de hace ahora justamente veinte años, la muerte anduviese siempre contrapesada por la compañía de una esperanza confusa y como tímida, a la que cada cual no se atrevía a hacerle demasiadas concesiones. Pero tímida y todo, andaba por dentro, entibiándonos los entresijos del alma, y ella era —con media docena de noticias de la guerra en los frentes que a medias sabíamos y a medias nos inventábamos— nuestro gran asidero y nuestra esencial vinculación con un mundo en el que estábamos como de prestado, en una actitud de despedida.

Nuestra gran esperanza era, naturalmente, que se salvase José Antonio. Creíamos en esta salvación con una fe irreprimible, vencedora de todos los razonamientos, rotunda y alegre. Para nosotros, aun con aquel tremendo espectáculo de barbarie sangrienta que teníamos ante los ojos, era seguro que José Antonio tenía que seguir viviendo, porque nos parecía que la muerte había de detenerse sin rebasar los muros de aquella existencia armoniosa y perfecta, tan cargada de energía íntima, que era como una constante proclamación de vida invulnerable.

Pero noviembre —aquel noviembre de hace veinte años— sopló su hielo sobre el corazón en ascuas de lo mejor de la Falange. Unos días antes de que el Fundador cayese ante los fusiles de aquellos a quienes Dios negó la bienaventuranza de comprender y amar a la Falange, muchos cientos de camaradas nuestros de la mejor estirpe pasaron a ser sangriento fermento, heroica levadura de la resurrección de España.

Me tocó vivir el mes de noviembre en la Cárcel Modelo. Muchos de los que habíamos participado en la defensa del Cuartel de la Montaña hallamos en la Modelo la estación de término —y bien creímos entonces que fuese definitivamente terminal— de nuestro inmediato servicio a la Falange.

Antes de noviembre nos tocó, claro está, vivir allí jornadas como aquella del 22 de agosto, que tanto laurel amontonó sobre el martirologio falangista. Marxismo y anarquismo pusieron aquel día ante nuestros ojos la página antológica de su ferocidad. Había algo más terrible que las balas y los golpes de bayoneta



y los culatazos en el rostro de los moribundos, y era aquella oleada de odio blasfematorio, de baba ululante que hacían llegar, en una marea dantesca, hasta el nivel de nuestros ojos y de nuestro corazón. Aquello era la muerte y algo mucho más terrible, que era su acompañamiento esperpéntico, su cohorte de furia, su retablo pestilencial e infrahumano.

¡Cómo aquellos días aceleraban el trámite de la madurez de cada cual, el tránsito de la adolescencia a la plenitud dramática del hombre! Eran como años tremendos aquellos días que iban cayendo sobre mi celda 478, sobre todas aquellas celdas donde centenares de falangistas rumiaban su nostalgia de la lucha en el campo, arma al brazo, con el padre sol encima, templándole, madurándole a uno el ansia de morir por España.

Pero a nosotros nos correspondía mirar a España por el ojo de la cerradura. Por el ojo de la cerradura poco veíamos, pero, en cambio, nos llegaba hasta allí el olor pastoso de la sangre de nuestros hermanos asesinados en cualquier esquina. Y aun por aquel mínimo mirador podíamos contemplar el guiñol sañudo de la checa de Fomento, que había plantado en la Modelo su tribunal de urgencia, es decir, su tendejón de feria de la muerte, su tubo de la risa para la macabra verbena del paredón y la fosa común.

Con todo, noviembre fué —hay que volver a decirlo— el mes más duro. Y dentro de sus treinta días espeluznantes hubo dos fechas que todavía gotean sangre sobre la memoria de quienes las vivimos. El 7 y el 8 de noviembre de 1936 son guarismos que hay que pronunciar poniendo de hinojos las palabras. Y hay que pronunciarlos en el nombre de Dios y de España, para que suenen como una oración y se encarnen en un recuerdo que sea memoria vigilante, ágil, insobornable.

De cada una de las galerías de la Modelo sacaron 150 hombres, hermanos nuestros en el ideal, el día 7 de noviembre. Y otros tantos el día 8. Del mismo volumen fueron las «sacas» hechas en las demás prisiones madrileñas. Fueron cinco mil hombres a la muerte, sin una protesta, sin un temblor, casi alegres, porque sabían que su sacrificio era un glorioso escalón en el que ponía su pie gentil la primavera de las Españas, que ya venía a hombros de la mocedad combatiente, «pisando la dudosa luz del día».

¡Qué magisterio de hombría perpetuaron en el momento de dar un paso al frente para salir al encuentro de la muerte los de la Modelo! El censo de aquellos muertos registra nombres entrañables de camaradas cuya vida entera fué una perfecta parábola de ejemplaridad. No hubo muerte de medida más clásica, de rima más justa y armoniosa con una vida que fué toda ella donación generosa, valerosa entrega.

En aquellos días empezaron a volar los proyectiles de la Artillería de Franco sobre la Modelo, que estaba exactamente en la línea de fuego. De cuando en cuando alguna bomba caía en la propia cárcel. Desde algunas de las galerías se veía el resplandor de los incendios en la Ciudad Universitaria y en Argüelles. Se combatía en el Parque del Oeste y hasta nosotros llegaba algo así como el jadeo, el respiro épico de la lucha. Aquel fragor era un mensaje de esperanza que venía —tenía que ser así—, con el contrapunto de la muerte.

Los muertos nuestros que fueron enterrados hace veinte años en los arroyos de San José y de Torote —entre Barajas y Paracuellos, entre Paracuellos y Torrejón de Ardoz— llevaban ya aquel mensaje cantándoles en el pecho como una primavera.

ARGIMIRO TORRECILLA

HAY quienes se ponen tristes al acercarse la última hora del año. ¿Por qué? No debemos despedirlo con melancolía, sino con alegría, porque lo hemos vivido y nos ha dejado su rica experiencia. Además, si lo hemos aprovechado bien, si no ha sido estéril esa etapa de la existencia que termina, ¿por qué entristecerse?

Al contrario, debemos sentirnos satisfechos de haber andado otro trecho de camino. Durante la andanza hemos sufrido y gozado, hemos obtenido triunfos y derrotas, hemos llorado y reído. ¿Y qué? Con todo esto se forma la trama de la vida. Otros no han llegado al fin del año, sino que se han quedado para siempre al borde del sendero, y acaso eran más jóvenes, más buenos e inteligentes que nosotros. ¿No es una alegría que hayamos sido los elegidos para continuar andando?

Seamos optimistas y esperemos serenos el nuevo año. Por sabido se olvida que por bien que nos vaya durante su transcurso, no todas han de ser rosas en la senda. Es necesario que también nos hieran las espinas. ¿Y qué? ¿Es que acaso hemos soñado alguna vez cándidamente que las penas sólo serían para los demás y para nosotros no habría más que alegrías?

Quien no ha sido engañado ni ha sufrido bien hondo no puede decirse que tenga experiencia. Será una página en blanco, y las páginas en blanco son las menos interesantes en cualquier libro, por lujoso que sea. Si hemos vivido intensamente, habrá quedado en el espíritu la esencia de este año que se va como se fueron los que le precedieron. No hay que ponerse tristes por eso. Alcemos la copa y brin-

entristezcas la existencia con pensamientos sombríos. Bebe y sonríe. Ama y olvida los sinsabores que pasaste. Piensa con optimismo en la nueva etapa del camino que se abre ante ti. ¿Por qué no pensar que en ella lograrás lo que hasta ahora no conseguiste? ¿Por qué no creer que el nuevo año ha de darte la ofrenda mejor, acaso la que soñaste y que todavía no se realizó?

Los escépticos, los eternamente amargados, los que no creen en nada ni en nadie, no están predispuestos para recibir con los brazos abiertos al año nuevo. Esos, naturalmente, no creen que ha de traerles más rosas, sino más espinas. Para gustar de la vida hay que tener el alma bien dispuesta siempre al goce que se nos brinda, ya sean los del cuerpo, como los más puros. Y cada año que termina hay que proponerse lo mismo en vísperas el que ha de amanecer. «Debo esperar. Tengo que ser optimista. Vendrá el premio a mi conducta y a mi esfuerzo.» Sí; nada de ponerse de humor triste. Nada de nieblas melancólicas sobre nuestra frente. Alegría, esperanza, amor, fe. Todo esto es lo que debemos anidar en el pecho para hacer frente a los días y a las noches que se avencinan. Continuemos siendo honrados y trabajadores, leales y voluntariosos, amantes de la belleza, del bien y de la justicia. Esta actitud debe acompañarnos en el próximo año como nos acompañó en el que feneció. Todos los que luchan por las causas nobles obtienen un día su compensación, y quienes andan por sendas tortuosas y viven para engañar y explotar al prójimo terminan por ser castigados por Dios o por los hombres. Recibamos el año nuevo con rostro sonriente y las manos tendidas.

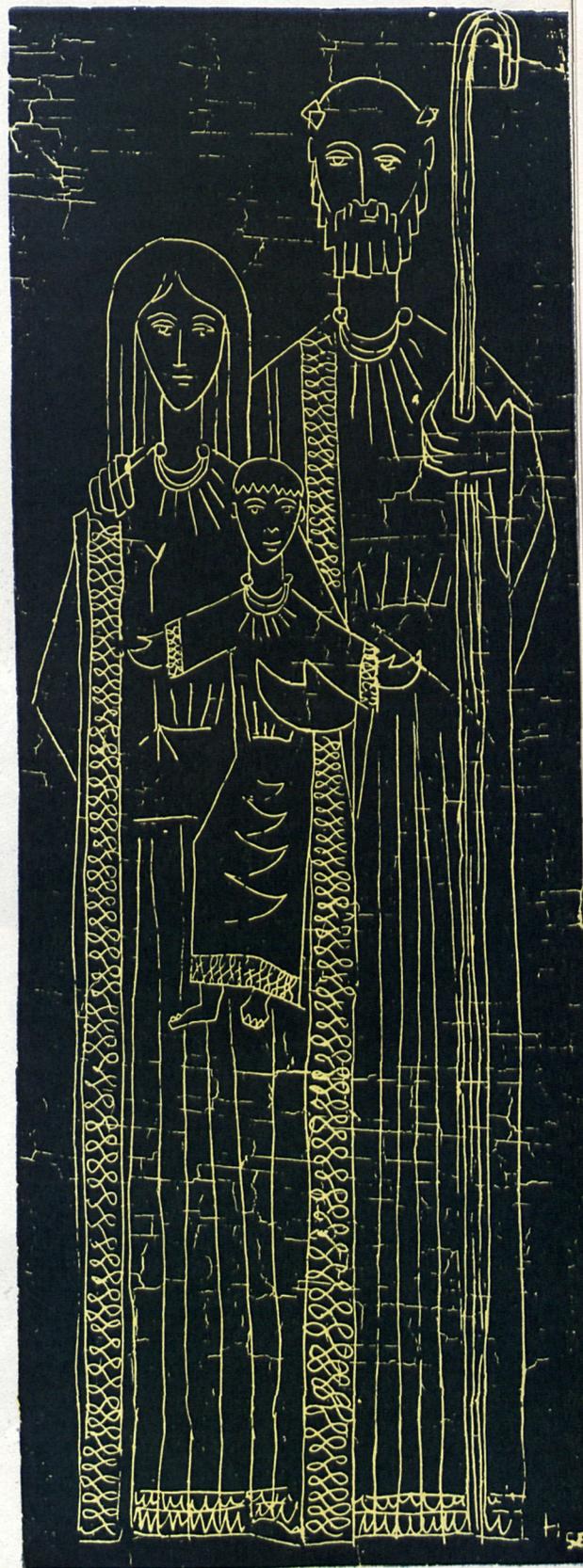
PALABRAS PARA EL AÑO NUEVO

demos por el año que viene, como si le dijéramos: «Aquí nos tienes, sin cobardía y sin jactancia: serenamente. Tenemos el corazón abierto a lo que nos traigas. Si es la dicha, bendito seas. Y si es el dolor, sabremos soportarlo con entusiasmo. Bendito de todas maneras».

No pienses, como los eternos cavilosos y los amargados, que has dado un paso más hacia la tumba. Lo importante es que vives y has vivido. ¿Para qué pensar en la muerte? Que ella venga cuando suene la hora. Y nada más. Y como te sientes vivir, no

Que nuestra familia vea en nosotros, no la imagen del fracaso, sino la del triunfo. Si el jefe aparece con el ceño fruncido y en la boca el rictus del desaliento, ¿con qué ánimo los seres queridos han de beber el vino y comer el pan? ¿Cómo han de exclamar «¡Feliz año nuevo!», si lo ven apesadumbrado, quejoso, destilando amargura?

Pensemos que si el año que termina no fué con nosotros todo lo bueno que esperábamos, el nuevo ha de traernos un poco más de pan y de alegría. ¿Por qué desesperar antes de la batalla? Va-



mos a dar comienzo a otro combate de trescientos sesenta y cinco días. De más está el decir que recibiremos en la lucha más de una herida y que caeremos sobre el campo de lucha más de una vez. Pero esto, en vez de amilanarnos, debe enorgullecernos, porque quiere decir que vivimos y que estamos dispuestos a hacer triunfar nuestra personalidad, a pesar de todos los obstáculos. Sólo los muertos no luchan. Los que pertenecemos al mundo de los vivos no debemos cejar en la brega. Año nuevo, nueva batalla. Bienvenido seas.